



CAPÍTULO X

EL PROBLEMA DEL MAL

Este tema pude haberlo tratado en el capítulo II (Las creencias) o bien en el IV (Tsel-talización), pero me pareció preferible hacerlo aquí, debido a las relaciones estrechas que hay entre el problema del mal y la brujería.

I. EL CONCEPTO DEL MAL

1. EL CONCEPTO DEL MAL EN LA BIBLIA

... sabemos que las divinidades todas tienden, de vez en cuando, a afligir a los inocentes (Pitt-Rivers, 1971, p. 13).

El *Antiguo Testamento* muestra una gran preocupación por este problema; el Libro de Job, al que se refiere el autor, es el mejor resumen del problema y de las soluciones que se le han tratado de dar. La Biblia de Jerusalén, en su introducción al Libro de Job (p. 606-607) nos lo expone en forma magistral:

El autor trata el caso de un justo que sufre: había una vez un gran siervo de Dios, llamado Job, quien vivía rico y feliz. Dios permitió que Satanás le probara para ver si seguía siendo fiel en el infortunio. [Este hombre] herido primero en sus bienes y en sus hijos...

[y luego] en su carne con una enfermedad repugnante y dolorosa... [Terminada la prueba] Yahvé... le devuelve... hijos e hijas y sus bienes doblados.

Para la doctrina corriente de la retribución terrena, semejante caso sería una paradoja irreal: el hombre recibe aquí abajo la recompensa o el castigo de sus obras. En el plano colectivo, la norma está claramente propuesta por los grandes textos de Deuteronomio XXVIII y Levítico XXVI [El pueblo de Israel será bendecido o maldecido por Dios, y recibirá bienes o males temporales según su conducta]; Los libros de los jueces y los reyes muestran cómo se aplica el principio a lo largo de la historia, y la predicación profética lo supone constantemente... Puede aceptarse, en una perspectiva de solidaridad, que los pecados de la colectividad se impongan [predominen], que los justos sean castigados con los malvados. Mas si cada uno ha de ser tratado conforme a sus obras, ¿cómo es posible que sufra un justo?...

El lector sabe ya, por el prólogo, que los males de aquél [de Job] vienen de Satán y no de Dios, y que tratan de probar su fidelidad. Pero Job no lo sabe, ni tampoco sus amigos. Estos dan las respuestas tradicionales:

–la felicidad de los malos es de breve duración (cfr. Ps. XXXVII y LXXIII).

–el infortunio de los justos prueba su virtud (cfr. Gen. XXII, 12), o bien, la pena es castigo de faltas cometidas por ignorancia o debilidad (cfr. Ps. XIX, 13; XXV, 7).

– ... si Dios aflige a los que parecen justos, es para hacerles expiar pecados de omisión o faltas inadvertidas... o bien, para prevenir faltas más graves y remediar el orgullo... Contra esta rigurosa correlación [sufrimientos-pecado-personal] se alza Job con toda la fuerza de su inocencia. No niega la retribución terrena: la espera... Mas para él resulta un escándalo el que le sea negada al presente, y en vano busca el significado de su prueba. Lucha desesperadamente para encontrar a Dios que se le oculta, y a quien sigue creyendo bueno. Y cuando Dios interviene, lo hace para revelar la trascendencia de su ser y de sus designios, y para reducir a silencio a Job. [Le demuestra que no es nada, que no sabe nada, y que no puede, por consiguiente, pretender conocer los designios divinos] (cap. XXVIII y ss.).

Esa es la lección religiosa del libro: el hombre debe persistir en la fe incluso cuando su espíritu no encuentra sosiego.

El origen del sufrimiento en el mundo nos lo expone el Antiguo Testamento en el Libro del Génesis:

Y creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó.

Y los bendijo Dios y les dijo: “Sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra y sometedla; dominad en los peces... en las aves..., y en todo animal que serpea sobre la tierra” (I, 27, 28).

Pero Adán y Eva desobedecieron a Dios, y este los castigó:

Al hombre le dijo: “Por haber... comido del árbol que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida... hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado”... Y le echó Yahvé Dios del jardín de Edén... (III, 17, 19 y 23).

2. EN LA TEOLOGÍA COLONIAL

Para explicar el mal, la teología se basa en esos pasajes del Génesis. Al pecado de Adán se le llama pecado original, según una interpretación de una frase de San Pablo, común en aquella época:

... por un solo hombre *entró el pecado en el mundo*, y por el pecado, la muerte, y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron... (Rom. V, 12).

Según la teología católica tradicional, Adán y Eva, antes de su pecado, gozaban de todos los bienes:

a) *Espirituales*: eran hijos adoptivos de Dios; por la razón, eran dueños de todas sus pasiones y poseían la ciencia más grande que un hombre pueda jamás haber tenido.

b) *Materiales*: no debían morir, ni sufrir, ni tenían necesidad de trabajar, ya que la tierra les ofrecía generosamente sus frutos; además, eran dueños de toda la creación.

Pero esa situación de felicidad se terminó para ellos y para sus descendientes cuando desobedecieron al creador.

Hay que notar que a Adán lo engañó el diablo, *envidioso* de su felicidad, induciéndolo a pecar.

Parece que esta concepción de la teología se basaría en el hecho de no querer admitir que Dios hubiese creado un mundo imperfecto: ¿es el hombre quien lo echó a perder todo! La teología actual admite que el pecado original es una explicación mítica del mal; acepta también, explícitamente, que el hombre mismo y el universo no son perfectos, y que los males más graves tienen por causa la perversidad o la debilidad humanas. Hay además males que provienen de fallas en las leyes naturales, también imperfectas.

La teología confiesa que ignora la razón de esta manera de actuar de Dios, haciendo hincapié en que el hombre, aunque imperfecto, puede sin embargo, ayudado por la gracia de Dios, llegar a crear un mundo más justo y más feliz. Su ideal debe ser Cristo Dios y hombre perfecto.

Hay que recordar que los males físicos no son, según el cristianismo, males absolutos, y que se puede sacar provecho de ellos para obtener los bienes espirituales. El único mal absoluto es el pecado, que acarrea la pérdida de Dios.

Por lo que atañe a los sufrimientos, hay allí un misterio que no se puede resolver. Por más que San Pablo diga:

Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que debe revelarse en nosotros (Rom. VIII, 18).

... yo completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo (Col. I, 24).

Podemos continuar preguntándonos por qué Dios, siendo todopoderoso, en vez de remediar los sufrimientos humanos, prefirió enviar a su Hijo amado para que Él mismo sufriera. Las numerosas explicaciones que se han ofrecido a este problema coinciden más o menos con las del Libro de Job. Se trata de un misterio cuya única solución es un acto de fe como el de Job: Dios es bueno y trascendente, y la inteligencia limitada del hombre no puede aspirar a comprender sus planes, cuyo objeto es siempre el bien verdadero de los hombres.



3. EL CONCEPTO DEL MAL ENTRE LOS TSELTALES

La solución católica resulta incomprensible e inaceptable para ellos, para quienes los males terrenos son absolutos: de ellos no pueden obtenerse otros bienes. Además, los bienes absolutos de los cristianos occidentales son bienes futuros y, para un tselal, lo que es en verdad importante, y aun esencial, es la vida presente.

No hay que olvidar otro elemento: en los sermones que analicé en el capítulo III, se habla del cielo como del único bien verdadero, y habrán de llegar a él solo los buenos cristianos: los que creen en Dios y en sus misterios, guardan sus mandamientos, y “sufren con paciencia cuando se les maltrata” (sermón tsotsil).

Sin embargo, ni los misioneros, ni menos aún los conquistadores, demostraban con ejemplos que creían en esta verdad del cristianismo: eran codiciosos y ávidos de todos los bienes materiales, obtenidos precisamente mediante los sufrimientos de los indios, quienes ganarían el cielo sufriendo.

Los tseltales aceptaron, en vez de sus divinidades veleidosas, al Dios y a los santos buenos y justos del cristianismo, que no castigan al hombre si este no lo merece por sus pecados. Es decir, no envían sino el mal justo.

Pero sucede que muchas veces un hombre justo (*ch'abal*) sufre: ¿ese mal no es justo, ni proviene de Dios ni de sus santos, sino de un tercero envidioso!

4. COMPARACIÓN DE LOS DIVERSOS CONCEPTOS

a) La retribución “acá-abajo” y la felicidad en la tierra se hallan en el Antiguo Testamento y en la religión tradicional; en cambio, el cristianismo hispánico acentúa exageradamente la retribución en la otra vida, basándose en las palabras de Jesús:

No temáis a quienes pueden matar el cuerpo pero no pueden matar al alma; temed más bien a quien puede perder a la vez el alma y el cuerpo en la Gehena (Mat. X, 28).

Y en los de San Pablo, quien dice que los sufrimientos de este mundo no son nada en comparación de la felicidad celestial (Rom. VIII, 18).

b) En el Antiguo Testamento, el diablo es a veces causa de desgracias (la caída de Adán y los sufrimientos de Job), pero no se llega a encontrar una explicación última a la paradoja del justo que sufre. *La solución del cristianismo es un acto de fe* en la sabiduría incomprensible de Dios, infinitamente bueno, quien de las desgracias

materiales saca bienes espirituales. Dios es el responsable, al menos indirecto, de muchos de los males materiales del hombre.

En la religión tradicional, Dios es siempre justo y bueno: no puede, por tanto, ser responsable sino del mal justo, castigo de pecados reales y objetivos. En cambio, el mal injusto viene de pecados subjetivos: actos que una tercera persona considera como ofensivos para sí misma. La solución de los tseltales es eminentemente práctica: Dios no es la causa del mal injusto, sino otra persona, envidiosa; por tanto, pueden luchar contra ella con la ayuda de Dios. Si el envidioso ha logrado engañar a Dios para obtener su ayuda, el curandero puede, a su vez, demostrar a Dios las maquinaciones del envidioso y recibir ayuda del Señor para vencer al enemigo. Pitt-Rivers anota:

No se dice por qué Dios autoriza la brujería, acerca de la cual no parece necesaria ninguna explicación, ya que es sabido que todas las divinidades tienden, de vez en cuando, a afligir a los inocentes (1971, p. 13).

Me parece que esta afirmación no es exacta, ya que Dios no autoriza directamente la brujería, sino, a lo más, concede su ayuda, engañado por el brujo. En el cosmos tseltal no hay sino algunas divinidades secundarias, sobre todo la Tierra Santa, que tienden a afligir a los inocentes. ¡Dios y los santos no lo harían jamás!

De esta manera, el problema del mal queda resuelto para la vida práctica de los tseltales.

II. LAS CAUSAS DEL MAL

Estudiemos ahora las diferentes clases de pecado que pueden ser causa del mal o falta de armonía.

1. LOS PECADOS OBJETIVOS

A) Directamente contra Dios y los santos

Servir al mundo espiritual, Dios y los santos, constituye el deber más importante del hombre. Peca, pues, gravemente, quien no acepta un cargo cuyo fin principal es este servicio, o bien lo desempeña con negligencia. Otro pecado semejante es no cuidar debidamente de las “personas” de los santos, es decir, de sus imágenes. Recordemos que la Virgen *Antiko* ya no quiere volver a vivir en Guaquitepec porque no le gusta

el sitio donde la habían colocado (el Ayuntamiento, porque se había caído el techo de su casa, la iglesia).

B) Los pecados contra las tradiciones de los *jMe'jTatik* o ancestros

Estos seres santos sabían perfectamente cómo honrar al mundo espiritual, y en qué forma debían vivir los hombres para que reinara la armonía. Si alguno, pues, se aparta de sus tradiciones sagradas, los ofenderá a ellos y, consiguientemente, al mundo espiritual.

Por ello, todas las oraciones deben recitarse apegándose estrictamente a las fórmulas tradicionales. De no hacerlo, se corre el riesgo de no lograr lo que se pide, o aun de desencadenar la ira de los santos. Las oraciones mismas lo demuestran: al terminar siempre se pide en ellas perdón por no haber sabido recitarlas como era debido; lo mismo se puede decir acerca de todos los ritos: perderán su eficacia si no se efectúan exactamente conforme a las normas tradicionales.

Otro pecado, importante sobre todo antaño, era “ladinizarse”, es decir, adoptar las costumbres de los ladinos: sus vestidos, sus instrumentos de trabajo, sus cabalgaduras, etcétera.

Según me contó un ladino del poblado, hace algunos años los tseltales no querían comprar ropa o utensilios domésticos ladinos. ¡Tenían miedo de ser castigados! (Villa Rojas aporta el mismo dato acerca de los tseltales de Oxchuc, p. 585).

C) Los pecados contra los seres de la naturaleza

Es pecado despilfarrar el alimento, sobre todo el maíz, don divino, cuya protectora o madre es la Virgen; también lo es maltratar los animales salvajes, cuyo amo y protector es el Santo Ángel que habita en las cuevas; asimismo, no ofrecer a la Santa Tierra un sacrificio antes de emprender una construcción.

D) Los pecados contra el prójimo

a) Contra los *trensipaetik*: es falta grave no obedecer sus órdenes o faltarles al respeto, ya que son los representantes del cielo. Lo mismo se diga de los sacerdotes católicos. Por ejemplo, un ladino agarró por los hombros a uno de los padres y lo sacudió, pues estaba muy enojado con él. ¡Después de algunos meses su hijo murió! La gente del poblado vio en ello un castigo del cielo.

b) Contra los miembros de la comunidad: cualquier ofensa contra una tercera persona: asesinar, herir, robar, etc., es un pecado contra la comunidad entera y, por tanto, también contra el mundo superior, puesto que destruye la armonía.

Hay que recordar que los tseltales no consideran pecado un acto que solo perjudica a quien lo hace, por ejemplo, embriagarse sin causar daño a los demás.

Los pecados reales pueden castigarlos o bien los seres superiores directamente, o bien sus representantes en la tierra, los *trensipaletik*. Estos pueden sancionar o bien visiblemente en los tribunales, o bien en forma invisible, como veremos más adelante.

2. LOS PECADOS IMPUTADOS

Se trata de acciones que en sí mismas no son ofensas reales, sino que alguien las interpreta como tales, sea un ser superior, como la Santa Tierra, sea también un ser humano. Por ejemplo, si alguien ha logrado una muy buena cosecha, o se ha enriquecido un poco, otra persona, menos afortunada, puede considerar tal cosa como una ofensa porque se siente menos que él. En otras palabras, algo que en sí mismo no es ofensa, puede ser considerado como tal por alguien susceptible y envidioso, que se verá impulsado a “castigar” a su agresor.

Aclaremos que el tselal vive en un temor continuo de los pecados inconscientes o inadvertidos que pudiera cometer y, por tanto, sufrir sus consecuencias: enfermedad, desgracias, y aun la muerte. Su miedo de romper la armonía precaria en que vive es continuo. Según Holland, el individuo no tendrá salud ni tampoco bienestar, si su conducta no se halla:

... en armonía con los deseos de su sociedad, y si no está en paz con su prójimo, ya que la enfermedad es el resultado lógico de un desacuerdo entre el individuo y su sociedad [sucederá lo mismo] si las relaciones con el Mundo Superior no son cuales deben ser (pp. 120 y 183).

En el capítulo segundo estudiamos los seres que constituyen el mundo espiritual, así como la naturaleza de su poder; no obstante, puesto que hay seres humanos capaces también de provocar el mal, justa o injustamente, será necesario analizar el origen de su poder.